

## SEXO Y RIESGO. LA DIALÉCTICA ENTRE EL PLACER Y LA RAZÓN

**Elena Rodríguez San Julián**

Socióloga

Jefa de Servicio de Drogodependencias. Consejería de Sanidad.

Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha

*Desde el análisis del discurso de dos grupos de discusión (uno de chicos y otro de chicas) se plantean algunos elementos presentes en las relaciones sexuales que operan en las dinámicas de afrontamiento de los riesgos. Se parte de la constatación de que existe una consciencia formal sobre la presencia de tres tipos de riesgos (afectivos, embarazos y enfermedades de transmisión sexual) para avanzar en los motivos por los que la práctica de las relaciones acaba prescindiendo del uso de métodos de protección. El contexto en que se producen los encuentros, los estereotipos sobre el comportamiento dentro de las parejas sexuales y las relaciones internas de poder, ejercen una poderosa influencia para que sean incompatibles razón y placer en la búsqueda de experiencias sexuales que sean plenamente satisfactorias. Se plantean importantes diferencias de género, tanto en las percepciones como en las actitudes y comportamientos, frente al sexo y frente a la necesidad de hacer real la prevención de riesgos.*

**Palabras clave:** Jóvenes, sexo, riesgo, placer, embarazo, ETS, promiscuidad, pareja, poder, género

*Some elements present in sexual relations operating in the dynamics of confronting risks are raised from analysing the discourse of two discussion groups (one of boys and the other of girls). It starts from confirmation that there does exist formal awareness of the existence of three types of risk (emotional, pregnancy and sexually transmitted diseases.) to then delve into the reasons wherefor the practice of relations ends in discarding the use of protective methods. The context in which meetings occur, the stereotypes on behaviour within sexual couples and internal relations of power exercise a powerful influence for reason and pleasure to be incompatible in the search for fully satisfactory sexual experiences. Important differences in gender both in perceptions and in attitudes and behaviour to sex and to the need to make risk prevention real are raised.*

**Key words:** Young people, sex, risk, pleasure, pregnancy, STD, promiscuity, partner, power, gender

La dificultad para hacer plenamente eficaces las estrategias de prevención de riesgos en las relaciones sexuales de los y las jóvenes hace necesaria una reflexión serena sobre los elementos que contextualizan y condicionan esas relaciones.

Existe ya una cierta cantidad de bibliografía y estudios descriptivos que aportan elementos para

conocer los hábitos sexuales de la juventud: cuántos y cuántas mantienen relaciones siquiera esporádicas, cómo son sus encuentros sexuales, con cuántas parejas los han tenido, si usan métodos anticonceptivos y de qué tipo, qué se hace para evitar enfermedades de transmisión sexual...

Sin embargo, por su misma naturaleza metodológica, y aunque son de indudable valor para analizar

las dimensiones de determinados hábitos de riesgo (asociados a relaciones sexuales no seguras), estos estudios descriptivos no permiten visualizar las claves de posibles interpretaciones, y mucho menos explicaciones, sobre los motivos profundos que justifican el mantenimiento de esos hábitos de riesgo aunque se admita tener información, conciencia del riesgo, interés formal para evitarlo y medios para conseguirlo.

El análisis de los discursos grupales, a pesar de que la base empírica con la que contamos sea limitada<sup>1</sup>, nos permite esbozar algunos posibles hilos conductores de estas cuestiones y, sobre todo, plantear hipótesis sobre las que sería conveniente seguir profundizando mediante este tipo de estrategia de análisis.

En las páginas anteriores se han planteado muchas ideas sobre el valor que los y las jóvenes atribuyen al sexo, sus expectativas respecto a las relaciones sexuales, las perspectivas desde las que se las plantean...; en definitiva, aproximaciones a los referentes que guían y enmarcan sus experiencias relacionadas con el sexo. En la base de estas ideas, que establecen el marco general, se encuentran lógicamente conectados muchos de los elementos que definen también cómo se entiende y vive la posibilidad de asumir, o evitar, riesgos en las relaciones.

Aparentemente, y según la estructura discursiva de los grupos, la relación entre sexo y riesgo se articula alrededor de dos supuestos:

El riesgo: un discurso contundente y omnipresente, cuando el sexo se razona.

El sexo: una práctica de riesgo cuando la razón es incompatible, y no puede competir, con el placer ni con el poder.

<sup>1</sup> Tal como se explica en el artículo de Ignacio Megías (Jóvenes ante el sexo: valores y expectativas asociadas), se realizaron dos grupos de discusión: uno de chicos y otro de chicas, en ambos casos de entre 18 y 20 años.

Estos dos supuestos, que operan dialécticamente, están cargados de matices que vamos a ir desgranando. El resultado final que componga la mezcla de todos esos matices será cada una de las infinitas posibilidades de encuentros y relaciones sexuales que pueden tener y tienen los jóvenes colectivamente, y cada uno de ellos y ellas de forma individual.

## El riesgo

*“Yo pienso que el sexo tiene la misma importancia que usar la protección debida cuando se practica” (chicos).*

Los argumentos sobre el riesgo forman un continuo contundente en el discurso global sobre el sexo. Lógicamente el escenario del experimento grupal lo propicia, de tal manera que, casi desde el primer momento de la conversación, las referencias a los riesgos que conllevan las relaciones sexuales son continuas.

Pero aun siendo favorecido por el contexto del grupo, hay que constatar que, al menos formalmente, la conciencia de que *el sexo conlleva riesgo* forma parte del entramado cognitivo de los y las jóvenes. Además, como podremos comprobar, esta conciencia formal coopera en la explicación y conceptualización de algunas de las percepciones generales que se han detallado anteriormente (Megías, I. *“Jóvenes ante el sexo: valores y expectativas asociadas”*).

*“El sexo es importante... porque hay muchos peligros; no sé... no solamente cuando tienes sexo te estás acostando con alguien (...) eso es algo que, pues... conlleva muchos peligros. Y no ya en lo físico, en enfermedades y así, sino también que tu puedes salir perjudicada en los sentimientos” (chicas).*

Hablando de los riesgos, se alude a tres cuestiones diferentes aunque internamente conectadas: embarazos, enfermedades transmisibles y, en el caso de las chicas, de riesgos afectivos. Desde el

discurso formal estos tres tipos de riesgos, que se conocen y se tienen presentes, conducen a resultados personales indeseables.

*"Tienes que pensar con quién lo haces porque te buscas la ruina" (chicos).*

*"(el embarazo) es un problemón. Si la dejas embarazada y ella no quiere abortar, te tocaría casarte, o estar con ella toda la vida..." (chicos).*

*"... a ti te va a marcar la vida tener un hijo, si eso te ha salido mal y no te acompaña nadie... sí, te machacas. Es un cambio de vida. A lo mejor tienes que dejar de estudiar, tienes que ponerte a trabajar*

*y siempre que tengas un hijo así (soltera), va a pagar un poco eso, y él no tiene la culpa de nada pero siempre tendrá un padre...*

*yo creo que un tío ve los cuernos al toro y dice 'hasta luego'*

*una persona de 18 ó 20 años, y menos... que es aún peor, lo que quiere es vivir ¿quién quiere este tipo de vida?" (chicas).*

Sin embargo, cualquiera de estos tipos de riesgos que son inicialmente reconocidos, y que te llevan a resultados no deseados por nadie (*te arruina o machaca la vida*), se plantean como una lotería, a la que hay que enfrentarse en términos de azar, como si el resultado dependiera de la suerte (*"bueno, corres el riesgo... y si te toca, si has tenido mala suerte... tienes la opción de tenerlo o no tenerlo" "seguro que conoces a alguien que, en un momento dado, le ha pillado y no se lo esperaba" (chicas)*). Así que, una vez constatado lo negativo, lo indeseable, el discurso de los riesgos se encamina a distinguir entre los riesgos para separar cuáles de ellos conducen a resultados claramente inasumibles, y qué otros, aun siendo indeseados, acabarían siendo asumibles. Especialmente en lo que se refiere a la maternidad/ paternidad, consideran que un embarazo no es deseable, pero si ha ocurrido, si *te ha tocado*, se podrá salir adelante llegando incluso a plantear la conversación desde la posibilidad cierta, y no siempre rechazada, de

ser padres o madres (*"se puede salir adelante" "se pierden muchas cosas pero se ganan otras" "si lo has hecho afrontas los fallos" "en algún momento hay que tenerlo" (chicos); "... antes era peor, porque ahora ser madre soltera tampoco está tan mal visto" "si lo afrontas, puedes ser madre soltera y ahora tampoco está tan castigado" (chicas)*).

Pero para entender con toda su amplitud en qué consiste el planteamiento de los riesgos es necesario contemplar por separado el discurso de chicos y chicas. Ciertamente, la manera de plantear y plantearse los riesgos es radicalmente distinta según el género<sup>ii</sup>.

Desde el punto de vista de las mujeres existe, en primer lugar, la convicción de que, cuantitativamente, la exposición a la que ellas están sometidas es superior. De los tres tipos de riesgos que se mencionan, los dos discursivamente más contundentes, los más interiorizados (los riesgos afectivos y los embarazos), corresponden a las chicas (*"nosotras en cada momento estamos arriesgando algo y ellos no,... a algo que puede salir mal" "luego somos nosotras las que pagamos el pato, para bien o para mal" (chicas)*) y, de hecho, incluso la percepción peyorativa (el etiquetaje) que, según ellas mismas, se pueda seguir teniendo de las mujeres promiscuas<sup>iii</sup> resultaría ser un mecanismo social protector de las mujeres respecto a los riesgos: el que esté mal visto que una mujer sea "ligera de cascos" tiene que ver con que "sabe que se la está jugando" (*"porque ellos es que luego se van a su casa, y..." "tenemos más riesgo y por eso ven peor que nos arriesguemos nosotras" (chicas)*).

En segundo término porque sólo ellas evidencian la posibilidad de padecer emocionalmente y este

<sup>ii</sup> Hablamos de género desde este primer momento porque, como se irá planteando progresivamente, las percepciones, expectativas y comportamientos finales están social y culturalmente definidas por estereotipos y expectativas de rol de cada uno de los sexos (Navarro Pertusa, E; Ubillos Landa, S. 2003. "Diferencias de género en la motivación sexual: implicaciones para la prevención del VIH-Sida en adolescentes heterosexuales". Publicación Oficial de SEISIDA, vol.14, número 5).

<sup>iii</sup> Megías, I. op.cit.

hecho, que implica que el discurso de las chicas está absolutamente presidido por el miedo a la decepción afectiva tiene muchas connotaciones y repercusiones de extrema importancia, como iremos viendo (*"tú te lo tomas como algo de película y luego te das cuenta de que, para él, has sido una más"* (chicas)).

Por eso, tal como lo expresan, el riesgo por antonomasia, que es el embarazo, lo es, en último extremo, fundamentalmente por la posibilidad de que no te acompañen después, a la hora de afrontarlo. Es el miedo al rechazo o al abandono el que está realmente presente, porque si no es así, como hemos visto, a pesar de que la posibilidad sea dura se puede asumir ser madre en cualquier momento. Además, a diferencia de los chicos, en su caso los dos tipos de riesgos estarían siempre presentes puesto que cualquiera de las relaciones de las chicas cuenta con un cierto grado de búsqueda afectiva, ya que, independientemente de que sean estables o casuales, las mujeres esperarían un contacto emocional más íntimo con sus parejas.

El último tipo de riesgo, el relativo a la transmisión de enfermedades está muy poco presente en el caso de las chicas y, en todo caso, queda muy relativizado también en base a lo que implica esa expectativa emocional. El contacto afectivo, íntimo, conlleva *confianza*, y cuando existe confianza se diluye la percepción de este tipo de riesgos. Pero al discurso sobre las ETS, como vemos residual y estrictamente formal<sup>iv</sup>, así como a las implicaciones de la *confianza*, me referiré más adelante.

El planteamiento de los chicos es muy distinto. Primero porque ellos no están sometidos a la posi-

<sup>iv</sup> No deja de ser ilustrativo que en estudios realizados esté perfectamente disociada la utilización de métodos anticonceptivos de la de métodos para prevenir ETS. Para este segundo fin, cerca del 50% de los jóvenes que mantienen relaciones dicen no utilizar método alguno (INJUVE. "Percepción generacional. Valores y actitudes. Asociacionismo y participación. Relaciones sexuales. Sondeo Periódico de opinión y situación de la gente joven. 1er. Trimestre de 2002.).

bilidad de sufrir una decepción emocional, más que si son rechazados o no *cumplen* adecuadamente, casos en los que lo que se pone en juego es una "cuestión de honorabilidad", no de sentimientos. Y esto es así porque sus relaciones, y los posibles encuentros sexuales derivados, están perfectamente disociados en dos categorías: los que se mantienen con alguien a quien se considera "pareja" (independientemente del grado de estabilidad que suponga) y los que corresponden a encuentros puntuales, casuales y, sobre todo, imprevistos y rápidos<sup>v</sup>.

En el primer caso, en las relaciones con la pareja, el riesgo afectivo no existe porque ellos también asocian a estos encuentros, como es lógico, la serenidad y el placer de la confianza, la intimidad y la posibilidad de poner en común la experiencia e, incluso si sale mal, tener presente que "habrá otras oportunidades" para mejorarlo. La diferencia con las chicas es que ellos viven estas situaciones con más seguridad, puesto que, como veremos, parecen estar en una posición distinta. En lo que se refiere al segundo posible riesgo, el que diera lugar a un embarazo, en este tipo de relaciones sería asumible, como ya se ha apuntado, aunque no se desee.

Es en las relaciones casuales promiscuas de donde los chicos hacen derivar el discurso relativo a sus riesgos reales que, sorprendentemente, asumen como propio de los varones: las enfermedades de transmisión sexual (*"ella está pensando en si se queda embarazada, no en si te puede pasar algo a tí"*). Según ellos su vulnerabilidad se produce en estas situaciones, puesto que mantienen la convicción de que si una chica se acuesta con un chico la primera vez que se ven, o de forma casual sin tener una relación de pareja, es porque su costumbre es esa y por tanto "a saber con cuántos se habrá acostado antes". Con este giro malabar incorporan a su experiencia particular las posibilidades reconocidas de "estar en riesgo" que han

<sup>v</sup> Megías, I. op.cit

planteado a través del discurso formal, aunque con poca convicción y desde una posición pasiva. Porque también en este caso, y a pesar de que se explicita más que entre las chicas, la interiorización del riesgo de contraer enfermedades de transmisión sexual es muy baja, casi residual. Existe en el discurso porque se ha aprendido a través de las actuaciones institucionales al respecto, pero está muy lejos de formar parte realmente de lo que entienden como riesgo cierto y posible para uno mismo.

En general, y tanto para chicas como para chicos, todo el discurso sobre los riesgos está impregnado de referencias a la información y la educación sexual. En los dos grupos se valoran positivamente, como necesidad y como realidad. Tanto unos como otros consideran que estar bien informados es fundamental y que, actualmente, existen suficientes medios para conseguirlo (*"no tienes más que poner la televisión y te salen tres anuncios de preservativos"*, *"en el instituto siempre viene alguien, un día o dos, a una charla, te lo cuentan un poco así, en general, pero una horilla ya te da..."*), *"en el colegio una semana de educación sexual, y te pasaban condones para ponerlos en las sillas"*, *"la información está a la orden del día, ahora los jóvenes sí que saben. Y todavía hay chicas que se quedan embarazadas, ya sí que es por irresponsabilidad porque conocerlo lo conocen, ahora sí que se conocen"*).

Pero también apuntan a que algo debe estar fallando porque, a pesar de todo, a pesar de la información, del conocimiento de los riesgos y de la disponibilidad de métodos para protegerse, sigue habiendo jóvenes que no los usan (*"estás informado pero no crees que te vaya a pasar a ti, igual que conducir bebido..."*). Por eso, y desde parámetros prácticamente idénticos a los que se utilizan para valorar la educación referida a otros riesgos, consideran que, a veces "la información no es creíble"<sup>vi</sup>, que tampoco a veces es suficiente (en "determinados ambientes", "en los colegios de monjas") o, en último extremo que "es mejor conseguir la información de fuera porque ésa (la que

te dan en el colegio o en el instituto) tampoco vale mucho" (*"yo prefiero informarme yo por mí, y mirar yo qué sé, la tele... porque en el colegio te lo van a poner todo muy bonito, y no te van a explicar, no te van a decir más"*, *"también tienes que tener mucho cuidado, porque tampoco sabes de quién te puedes fiar... porque si te explica las cosas alguien que sabe menos que tú..."*).

Ciertamente, y a pesar de las contradicciones o justificaciones que puedan subyacer, también se plantea de esta manera otra dimensión de lo que es necesario en términos de información y educación sexual, y que enlaza con el siguiente bloque, con el segundo supuesto a desarrollar.

Apunta a cuestiones menos formales de la vivencia del riesgo: a cómo manejar las situaciones concretas, las relaciones, etc. Cuando explícitamente dicen que la información que se recibe "te lo pone todo muy bonito" parece obvio el señalamiento de otro tipo de cuestiones, también reales y radicadas en la experiencia, que no tienen sólo que ver con saberlo todo, o ser plenamente consciente de los riesgos, en definitiva, que no tienen que ver con el discurso racional. Especialmente para las chicas.

## El sexo

Visto el discurso formal sobre los riesgos parecería que se apunta a la consecución de un grado de consciencia formal que, sin otros elementos que interfieran, daría lugar a un escenario favorable para prevenirlos. Pero ya sabemos que las actitudes no correlacionan necesariamente con los comportamientos<sup>vii</sup>, y lo cierto es que la cadena argumental que hemos descrito sería la siguiente, por muy grosera que parezca la exposición así simplifi-

<sup>vi</sup> Esta cuestión ha sido muy estudiada también respecto a la evaluación de campañas informativas y de educación sexual (Dittmann, M. 2003. "Sex: Worth the risk? Monitor on Psychology, vol.34, Nº 4.). Más adelante hacemos también referencia a cuestiones que surgen en los grupos y que remiten a la contradicción entre experiencia e información, de tal manera que, mientras que la experiencia no concuerde con los resultados que se ofrecen en las campañas, la información se considerará "exagerada" o "inexacta".

cada: se tiene información y conciencia sobre los riesgos y cómo evitarlos; a nadie le gustaría pasar por las situaciones derivadas de no haberlos previsto (o prevenido); cuando se presenta la situación real, el riesgo del que se habla en términos absolutos se convierte en algo azaroso, que te puede *tocar*, y, si te toca, puedes tratar de remediarlo a posteriori o, si no es posible, asumir las consecuencias.

En esta cadena, en definitiva, el discurso formal no se refleja en comportamientos consecuentes, y las medidas de protección no se usan. O para ser exactos, en una buena parte de los casos “se usan, pero no lo suficiente”.

Hay dos aspectos especialmente relevantes que conforman este segundo bloque: la confirmación de que el concepto “usar” medidas (fundamentalmente preservativos<sup>viii</sup>, pero no sólo) no signifique “usar siempre”, y la manera en que se describen las situaciones concretas, es decir cómo explican el desarrollo de los contactos sexuales, en los que se vislumbran algunos motivos para la incompatibilidad entre el placer y la “precaución necesaria”.

Respecto al primero de esos aspectos hay que dejar constancia de que existe un resorte para afrontar la disonancia entre “saber que tienes que usar” y “no usarlo”, que consiste en establecer ese término medio (“suficiente”), como si fuera posible que la protección en una relación dejara *saldo* para la próxima. Aunque parezca una caricaturización, de hecho es así, *usar* y *no usar* no son términos antagónicos: cuando se les pregunta por los métodos anticonceptivos o de prevención de ETS contestan contundente y tozudamente que los

vii Loewenstein, G. 1996. Out of control: Visceral Influences on Behavior. *Organizational Behavior and Human Decision Processes*. Vol 65, nº 3, 272-292.

viii Los datos disponibles así lo apuntan. Existe una proporción importante de jóvenes que usan métodos anticonceptivos, pero de esa proporción no se sabe cuántos los usan “siempre”. En todo caso, de los que utilizan algo, la inmensa mayoría se refieren a preservativos (ver INJUVE. Op. Cit.)

usan, aunque luego elaboren sus discursos disociando el “siempre” del “algunas veces”<sup>ix</sup>.

Y ¿por qué no se usan los métodos preventivos, siempre? En primer término se habla de *irresponsabilidad*. Es lógico, si formalmente se es consciente de los riesgos la explicación inmediata apunta a que quien no los evita es un o una inconsciente, irresponsable (“*pero...no es por ignorancia, no es porque no sepamos... todo lo contrario, yo creo. Es por irresponsabilidad*”; “- *y que el peligro siempre te da morbo, si sabes que a lo mejor puede pasar algo... a los irresponsables eso les va. A la gente normal no*” (chicas)).

Y lo cierto es que determinadas situaciones, probablemente la mayoría en las que los más jóvenes encuentran sexo, ayudan a formalizar el escenario irresponsable como contexto.

*“la gente cuando se va de fiesta a lo mejor tiene un calentón y no tiene nada en ese momento. Pues no será porque no lo tengas al lado... hay gente que dice ‘no lo tengo, tengo el calentón, me he tomado cuatro copas, pum’. Pero tía, ¡si lo tienes ahí! Ya no es porque no lo tengas, es porque no quieres...”* (chicas).

*“¿en un momento de calentón te vas a parar a ponértelo? No. Y más si estás bebiendo y eso... pasas del tema totalmente. Dices ‘que sea lo que Dios quiera, y ya está’* (chicos).

*“cuanto más alcohol hay, más posibilidades de sexo, creo yo”* (chicos)

*“- no todo el mundo lo hace pedo pero si te viene una chica y te dice ‘vamos al baño’, tú no te piensas si va a tener enfermedades o va a tener. yo antes me busco la vida para encontrar un preservativo...”*

ix Evidentemente nadie reconoce explícitamente que no usa jamás métodos preventivos, y menos en el contexto del discurso sobre el riesgo que se ha explicado.

*pero si estás con tu pareja, y estás en el momento... ya la conoces..." (chicos).*

El sexo que describen es el del *calentón*, en tiempos y espacios de marcha, en los que las cosas se hacen tal como vienen, instantánea, espontánea e irremediamente (en el momento y sin posibilidad de parar o decir 'no'). Y este contexto del ocio joven ya lo hemos descrito en numerosas ocasiones como un tiempo-espacio de *irresponsabilidad per se*<sup>X</sup>.

Es la misma irresponsabilidad a la que aluden en los grupos, que es consustancial al concepto de tiempo dualizado<sup>XI</sup> en el que vive la juventud, y que condiciona las actividades que realizan, las expectativas respecto a sus comportamientos, a las relaciones de amistad y grupales que mantienen<sup>XII</sup>, ..., en los momentos de marcha. En definitiva, en este contexto, el sexo no puede por menos que ser también irresponsable. Por eso quizá, en este escenario, se habla también del sexo como desfase ("*cada día se desfasa con más cosas*" (*chicos*)), quizá el máximo exponente del desfase sin paliativos porque, a diferencia de otros comportamientos, respecto al sexo sí que se asume el desfase propio<sup>XIII</sup>, aunque con una doble perspectiva: una cierta dosis de argumentación justificativa, y algunos guiños a esos tópicos que refuerzan y positivizan el sexo sin control, como símbolo de potencia, especialmente entre los varones ("*si te pillas en el momento es que es muy difícil decir que no*" (*chicos*)).

<sup>X</sup> Rodríguez, E; Megías, I (2001) Estructura y funcionalidad de las formas de diversión nocturna: límites y conflictos. En "La Noche: un conflicto de poder. REJ nº 54, 9-34.

<sup>XI</sup> Dualización que divide el tiempo en dos tipos de momentos perfectamente definidos: el tiempo ocupado, entre semana, que es responsable; y el tiempo libre, en el finde, que es irresponsable.

<sup>XII</sup> Rodríguez, E; Megías, I; Sánchez, E. (2002). Jóvenes y relaciones grupales. FAD, INJUVE.

<sup>XIII</sup> El discurso del desfase, o del descontrol, que ha sido tan estudiado en relación con los consumos de drogas es omnicompreensivo, pero tan sólo justifica y se reconoce en los comportamientos de otros, normalmente considerados inmaduros. Uno mismo nunca desfasa, porque controla. (Megías, E; (coord) 2000. La percepción social de los problemas de drogas en España. FAD)

Quizá por eso los chicos, apelando a su búsqueda incesante de sexo, encuentran argumentos para no usar condones cuando se presenta una situación en *la que no se puede decir que no*. Aunque, como ya hemos visto, en las relaciones casuales consideran que deberían protegerse más ("*no la conoces, ni sabes de dónde ha salido. Precaución en ese momento tienes que tomar*") no lo hacen porque la realidad apremia, y aunque "cuando salen, salen a pillar", cuando llega el momento no están preparados.

Por otro lado, en el apremio parece evidente que el placer, su placer, es incompatible con el uso de preservativos y, sin aceptar formalmente en momento alguno que no les gustan, que consideran que las relaciones son más placenteras sin ellos, encuentran explicaciones y justificaciones de distinto calado para esa incompatibilidad. Las más recurrentes ya las hemos mencionado: el alcohol y la falta de disponibilidad. Pero cuando alguien cuestiona estas dos justificaciones, en algunos casos insostenibles, se encuentran otras: los preservativos de las máquinas no son de confianza ("*pero no sabes lo que te están vendiendo, los condones baratos no son de calidad*"); son las chicas las que provocan ("*si ellas te dicen 'venga sin preservativo', y te empieza a provocar... se puede cometer un fallo*") o en último extremo, no hay que tentar a la suerte siendo previsor, porque el objetivo es lo importante, y el objetivo es "pillar" ("*siempre se lleva uno en la cartera por si se pilla. Pero luego está temporadas y temporadas ahí*"; "*llevarlos es como que te da mala suerte: no los coges y pillas*").

Por eso, porque realmente no les gusta usarlos, su expectativa es que sean las chicas las que usen otros métodos anticonceptivos cuando sean sus parejas estables. Nótese que en esta circunstancia el riesgo relativo a las enfermedades desaparece del discurso, por lo que finalmente parecería que, en el fondo, es cierto que ellos no mantienen muy presente la conciencia de arriesgarse en las relaciones sexuales. Así cuando el sexo es con su pareja (relaciones más estables), el apremio se

convierte en *costumbre*, y la costumbre en *dejadez* (“luego, si tienes una relación estable pasas de todo”), y en último extremo esperan que sean sus compañeras las que se ocupen de los embarazos (“ahora no, pero en el futuro, cuando tenga novia, lo que me gustaría es que ella tomara la píldora”).

Desde este punto de vista parece que las prácticas seguras en el sexo no son cosa de dos: si se trata del contagio de enfermedades, los condones *los usan ellos* (“al fin y al cabo el que lo utilizas eres tú”), y por eso son ellos los que los llevan o los compran (cuando lo hacen) ya que, en definitiva y como veremos un poco más adelante, son los que deciden si se usan o no. Y si se trata de evitar embarazos lo ideal es que sean ellas las que encuentren las soluciones. Por cierto que, al menos en este grupo de chicos, se alude a la píldora anticonceptiva como una herramienta ideal: es inocua, no tiene la más mínima repercusión ni contraindicación y, por supuesto, es cómoda y segura. Como si el preservativo no lo fuera.

El discurso de las chicas complementa el anterior, pero desde una perspectiva diferente. Ya se ha visto que ellas consideran que son las que realmente arriesgan. Pero tampoco sus relaciones sexuales son plenamente, o siempre, seguras. Ellas aluden también a *los fallos*, en algunos casos al fallo del preservativo (roturas, mal uso...), pero fundamentalmente los *fallos* consisten en no usarlos: fallan las relaciones porque el resultado es indeseado.

Pero a donde ellas apuntan directamente es a la presión negativa de los chicos para usar condones, presión que puede ser activa (negarse) o pasiva (se da por hecho que pueden negarse y ellas se someten), sin renunciar ni evitar su parte de responsabilidad

*“la mayoría de la gente que se queda embarazada es, o bien porque él insiste, o ella quiere...”*

*“en un momento dado no usas el condón porque a él no le apetece”*

*“- yo creo que es más por ellos*

*por morbo, o sea porque ... gusta más, bueno supongo, gusta más hacerlo sin nada por pasar del tema y ya está, y si encuentra un hombre que por lo que sea..., o al revés, pues mira”.*

A ellos no les gusta (a ellas no se sabe, parece que no importa mucho), y por eso no se usan. Ellas lo aceptan, y en la argumentación se vislumbra la otra cara de la moneda, y es que las relaciones, al menos en lo que a la prevención de riesgos se refiere no deben ser muy igualitarias. Parece que son los chicos los que ostentan el poder en la relación, por distintos motivos. Porque los chicos lo intentan directamente, y las chicas lo aceptan por miedo. Miedo a los riesgos afectivos que, como se ve, son los más poderosos a los que se enfrentan las chicas: el miedo al rechazo, a que el chico se niegue a seguir con la relación, o se decepcione, e incluso el miedo a que no disfrute como a él más le gusta, justifica para las chicas asumir cualquiera de los otros riesgos. Desde estas expectativas de comportamiento, también se asume como “norma”<sup>xiv</sup>, culturalmente hablando, que sean ellos los activos, los que llevan el peso, la decisión, en definitiva, el poder en la relación.

*“le dará más gusto. Bueno yo me he encontrado con gente que en el momento me ha dicho ‘no, mejor sin él’*

*sí, los chicos son así, porque disfrutan más de hecho directamente lo intentan, ni siquiera preguntan y directamente lo intentan. Y tienes que parar tú...*

*pero hay chicas que no dicen nada, por miedo. Por miedo a que te digan, pues mira si no quieres así, pues nada  
o porque también prefieren así”*

*“ellos son más activos... son los que manejan la situación, y la relación y la forma de hacerlo siempre llevan la iniciativa, por lo general”.*

<sup>xiv</sup> Rodríguez, E; coord. (2002) Jóvenes y videojuegos. FAD, INJUVE.

En este entramado de razones y sinrazones, y como el resultado suele ser que las relaciones siguen su curso, sin protección. Reconocen, además, que se experimenta una vez tras otra, porque mientras no pase nada, tan sólo te “rayas” después, te queda mala conciencia, quizá un mes entero observándote con ansiedad. Como he apuntado al principio, incluso en último extremo se asume que se puede tener un hijo (“y bueno, si hay un fallo siempre hay opciones ¿no?. Y no me estoy refiriendo concretamente al aborto, pero bueno... hay cosas... y en último caso...” (chicas)).

Hay dos fórmulas alternativas que confiesan que se usan frecuentemente: la marcha atrás (por parte de los chicos, y exclusivamente con la pareja) y la píldora postcoital:

*“con la pareja, si no se tiene condón, se utiliza la marcha atrás, porque tienes confianza con ella”  
“también hay muchas veces que se recurre a la píldora ‘lo hago sin condón y mañana me tomo la píldora y ya está’*

*“imagínate que estás en el momento y dices ‘en vez de ponérmelo vamos a seguir y hacemos la marcha atrás, ¿sabes?’*

*“yo sé cuándo me voy a correr, y cuando tengo que quitarme, y que no va a pasar nada”.*

Independientemente del riesgo cierto derivado de la práctica de estos dos métodos, al que hay que añadir que la disponibilidad de la píldora del día después no es tan fácil para la mayoría de las jóvenes (y menos en un sábado por la noche), lo más preocupante es que se utilicen, y los datos parecen corroborarlo, desde convicciones erróneas: la píldora del día después como anticonceptivo recurrente y alternativo, y la marcha atrás como método eficaz y seguro.

Parece, ciertamente, que hace falta más información de calidad. Pero no sólo.

### **Finalmente**

Los discursos analizados no tienen por qué ser intrínsecamente contradictorios. Existe un discurso

racional y otro experiencial, y cada uno de ellos obedece a las normas y necesidades prescritas en cada situación.

Desde el punto de vista de los y las jóvenes parece, una vez más que, aun conociéndolos, asumir los riesgos, todos o parte de ellos, compensa otras necesidades. Y, hablando de sexo, no sólo se refieren a las necesidades más primarias, sino también a necesidades normativas de distinto calado, culturales, sociales, grupales, etc, de las que hemos podido representar algunas de gran importancia por las repercusiones sociales y personales que implican finalmente. Las normas no tienen por qué ser unívocas, y es necesario conocerlas todas, y tenerlas en cuenta, para valorar el sentido de las decisiones personales. Frecuentemente, y más cuando se habla de juventud, se tiende a interpretar los comportamientos inexplicables desde el punto de vista de la necesidad de contravenir las normas<sup>xv</sup>. Pero en muchas ocasiones no se presta atención a las normas específicas, de los grupos de edad o, como en este caso, a las del género independientemente de la edad. Posiblemente en este caso haya que analizar cómo se pueden acercar las normas del “deber” (las prescripciones racionales) que se muestran como universales e intersexuales, y las normas del “placer”, relativas a las expectativas de comportamiento y goce que ni son universales y, por lo que se ve, tampoco aún comparables entre los sexos.

En unos y otros aspectos, y en las posibilidades que se puedan abrir para reconducir y hacer algo compatibles razón y placer deberíamos seguir profundizando. Porque aunque la incidencia de determinadas conductas de riesgo pueda irse reduciendo, parece que queda mucho camino por andar y que, al menos en esta escasa representación grupal con la que hemos trabajado, algunas convic-

xv Navarro Pertusa, E; Ubillos Landa, S. op.cit.

xvi Seoane, L. (2002) Evaluación cualitativa de una campaña de promoción del uso del preservativo en la población adolescente y juvenil de la Comunidad de Madrid. Revista Española de Salud Pública, 76, nº 5; 509-516.

ciones y prácticas que se nos han relatado resuenan todavía a creencias demasiado antiguas. Además nuestra base de análisis se centra entre los 18 y 20 años, por lo que es previsible que, en edades inferiores, existan además otros elementos que, en este momento, se nos estarán escapando.

Vistos los argumentos expuestos parece fundamental seguir indagando en las diferencias de género, en las diferentes percepciones y necesidades de unos y otras, en la articulación de los contextos de relación y en las fórmulas de intervención que promuevan y faciliten la incidencia en los aspectos más confusos de estas diferencias.

Una breve alusión, para terminar, al concepto de “confianza” dentro de la relación sexual en el marco de la prevención de riesgos. Si, como ellos y ellas dicen, el sexo es, y aumenta la confianza

con la pareja, dentro de ese marco de confianza debería ser más posible y libre plantear abiertamente los temas que se han venido mencionando. Sin embargo, esto no parece ser así cuando se maneja el poder y el estereotipo con tanta contundencia. En el discurso residual sobre la prevención de enfermedades de transmisión sexual, se alude a la confianza en la pareja para no tener que usar precauciones (que sí son necesarias con personas desconocidas, aunque tampoco se usen). Sin embargo también surge en las conversaciones otro de los estereotipos relacionados con la prevención de estos riesgos en parejas estables, que consiste en pensar que el que tu relación sea estable en el presente evita la necesidad de protección (independientemente de que no lo haya sido en el pasado) y, por otra parte, que plantear esta cuestión a la pareja es fruto de la desconfianza o motivo para que el otro o la otra desconfíe de ti.